
XIII—Si Lincoln Resucitara.....!

New Orleans, Agosto de 1915.

Mi querida tía:

Desde los primeros tiempos de las colonias inglesas existió la esclavitud en esta región del globo.

Negros traídos del Africa eran vendidos como esclavos en los mercados públicos. En New Orleans, una de las principales calles, Camp St., debe su nombre al hecho de que allí estaba el campo (camp) o campamento donde se vendían los esclavos; y todavía en 1850, desde los bancos del Congreso federal en Washington "podían oírse los alaridos de los negros en el mercado de esclavos inmediato, y la voz de los vendedores de esclavos ofreciendo a gritos su mercancía."

Por razones de índole utilitaria, y no de humanidad solamente como creemos en México, la esclavitud cesó desde los primeros tiempos en el Norte, al paso y medida que aumentaba en el Sur, donde el clima y los cultivos de tabaco, algodón y caña de azúcar, la fomentaron decididamente, de tal manera que al estallar la guerra separatista, la mitad de la población era de esclavos en los Estados Confederados.

Desde 1819, si mal no recuerdo, se había planteado seriamente la división entre esclavistas y abolicionistas, con motivo de la admisión entre los Estados de la Unión, de Missouri que pretendía ingresar como esclavista, a lo que se oponían otros Estados. Después de dos años de discusiones

se transigió la disputa, mediante la intervención de Henry Clay, que propuso e hizo triunfar el llamado "compromiso de Missouri" trazando el límite geográfico de la zona esclavista.

Pero si este "compromiso" de pronto ponía punto a la cuestión, echaba los gérmenes de la contienda que treinta años después renacería a propósito de la admisión de California que, conforme al referido compromiso, tenía parte en territorio esclavista y parte en territorio libre.

La cuestión volvió a solucionarse por otro compromiso, también de Henry Clay, conocido con el nombre de "compromiso de 1850" y que quedó incluido en el "Omnibus Bill."

El arreglo, sin embargo, tenía que ser pasajero, atento el estado de los espíritus, llenos de celos y de rencores entre el Norte y el Sur.

Todavía hoy se encuentra en Estados Unidos, un localismo regional específico. Las gentes del Sur tienen su amor propio opuesto a las del Norte; se advierte entre unos y otros un antagonismo de intereses e ideas, que también se marca —y éste cada día más— entre el Oeste y el Este.

Calcúlese cual sería la condición reinante después de varios lustros de disputas sobre la cuestión de la esclavitud, que iban trazando un abismo de rencores entre el Norte y el Sur.

En 1831 William Lloyd Garrison, de Boston, fundó un periódico denominado "The Liberator" en que abrió una campaña abolicionista sumamente cruda, declarando que si la Constitución americana sancionaba la esclavitud, semejante sanción tenía el valor de "un pacto con la muerte y un arreglo con el infierno."

Buena prueba de que los habitantes del Norte no eran movidos por sentimientos humanitarios, es el hecho de que Garrison fuera denunciado en Boston mismo como un fanático trastornado, y de que más de una vez se viese expuesto a los ataques de las multitudes en la calle.

Pero la obra de Garrison perduró y la simiente que depositara en los espíritus, germinó favorecida seguramente por los antagonismos existentes entre Norte y Sur; se fundaron sociedades abolicionistas en diversas partes, se celebraron mitins que a menudo fueron atacados por las multitudes; se distribuyó abundante literatura antiesclavista, has-

ta que, al fin, el sentimiento abolicionista se consolidó en el espíritu público.

En tal estado las cosas, en 1852 apareció el libro de la Señora Harriet Beecher Stowe, "La Cabaña del tío Tom," haciendo una pintura patética de la condición de los esclavos. El libro, literariamente no vale nada; pero tanto porque ya desde entonces era general y dominante la afición en este pueblo a "las historias bien concertadas" cuanto por el estado de las conciencias, el libro cayó como aceite sobre llamas.

Vinieron después las cuestiones sobre Kansas y Nebraska, el caso Dred Scott, en que la Suprema Corte se pronunció francamente en favor de los Estados esclavistas, las correrías de ese otro abolicionista exaltado, John Brown, ahorcado por las autoridades de Virginia y beatificado por el pueblo del Norte en represalias; y cuando todos éstos factores de honda división estaban reunidos, acabó su período el Presidente James Buchanan y fue llevado al poder por los republicanos, Abraham Lincoln.

Como resultado de dicha elección, vino la convención de Charleston y la "Ordenanza de Secesión" de 20 de Diciembre de 1860 que trajo la guerra entre los Estados Unidos del Norte y los "Estados Confederados de América," nombre que se dio a la nueva república a cuya cabeza fue colocado Jefferson Davis, como Presidente.

Carece de objeto hacer la historia de la guerra que duró propiamente desde el 12 de Abril de 1861 en que las tropas del Gral Beauregard, del Sur, abrieron el fuego sobre Fort Sumter, hasta el 9 de Abril de 1865 en que el Gral. Lee se rindió al Gral. Grant: el Norte había triunfado en toda la línea. (*)

El motivo de la guerra había sido la vieja cuestión de la esclavitud y, consecuentemente después de la batalla de Antietan, Lincoln proclamó la libertad de los esclavos a partir del 1º de Enero de 1863; pero este objeto nobilísimo ¿estaba realmente conseguido?

Las instituciones jurídicas, algunas por lo menos, res-

(*) Entre los mexicanos hay grandes errores en cuanto a las proporciones de esta guerra. Contribuirá a rectificarlos, aunque sea en parte, el conocimiento de las cifras siguientes:

En los combates librados durante una semana entera alrededor de Richmond, Va., entre los ejércitos de Lee y Mc Clellan, cada uno perdió aproximadamente 15,000; los ejércitos del Norte en las acciones de Fredericksburg y Gettysburg y en la campaña del General Sherman en el Sur, no pasaron de 100,000 hombres y el Confederado, de 60,000. En el célebre sitio de Vicksburg, la guarnición a las órdenes del General Pemberton, que se rindió al General Grant, numeraba 35,000.

ponden que sí, otras y, además las instituciones sociales, hacen temer que acaso la guerra fue un sacrificio inútil. Por mi parte, yo pienso que si Lincoln se levantara de su sepulcro en 1915, ante la dolorosa condición de los negros en su país, acaso pretendiera recoger aquellas solemnes palabras que pronunciara cincuenta y dos años antes sobre el campo de batalla de Gettysburg: "...that these dead, shall not have died in vain; that this nation, under God, shall have a new birth of freedom."

* * *

Si alguna vez se ha puesto en duda la ineficacia de las leyes escritas cuando no responden a las ideas y sentimientos del medio en que han de actuar, cuando no traducen las necesidades y las realizables aspiraciones del conjunto social, cuando chocan contra el temperamento o la corriente de la opinión, el caso de los negros, después de la guerra separatista, sería una experiencia decisiva.

Un hombre libre considera la esclavitud el mayor de todos los males y, naturalmente, imagina que los esclavos sufren tanto en su condición, como sufriría él mismo si súbitamente fuese privado de su libertad y sometido a servidumbre forzosa y perpetua. Sin embargo, la experiencia muestra que son muy otros los sentimientos y las ideas entre los esclavos.

Se ha observado que si un perro, después de algún tiempo de cadena es puesto en libertad, no sabe qué uso hacer de ésta; sale, da unas cuantas vueltas y regresa a echarse en el propio sitio donde ha permanecido encadenado.

El esclavo ni remotamente sufre con su esclavitud, como lo imagina el hombre libre. Durante la guerra separatista, fueron contados los negros que se unieron a los ejércitos del Norte, que batallaban por su liberación; grupos de quinientos y más esclavos trabajaban en el Sur bajo las órdenes de un solo hombre blanco, sin intentar siquiera escaparse para unirse a las filas del ejército que por ellos combatía: por el contrario, trabajaban con gusto, sembrando o cosechando productos que servirían para alimentar o provisionar a sus opresores. Por las noches acudían ansiosamente a la casa grande a saber de boca de su amo la noticia de las victorias del Sur, que ellos sabían remachaban más duramente sus cadenas.

Las leyes americanas contenían prohibiciones tan infa-

mes como la de enseñar el alfabeto a los esclavos, prohibiciones que, por lo demás, ni aproximadamente pesaban sobre su espíritu tan rudamente como nosotros imaginamos.

Fuera de esto, parece que su condición no era de lo peor, dentro de la esclavitud.

"The condition of the slaves—escribe el prof. Evans—generally was not a hard one. They were well cared for, with good cabins to live in and plenty to eat. All day they worked in the fields, and at night sang their songs around the fires in the negro quarters. For generations they had known no other condition, and most of them were content to remain as they had been born.

A real affection existed between the master and his slave. They had often played together as boys, hunted and fished together, and grown up side by side. Sometimes slave families were never sold, but lived in the same farm for generations. Never before in history did so tender a feeling exist between a slaved race and those who held them in bondage." (*)

Y bien, salvo que políticamente son libres, los descendientes de los esclavos de hace cincuenta y cinco años, guardan hoy una condición lamentable, enormemente inferior a la de sus abuelos.

Políticamente son libres, repito, pero de esa libertad no hacen uso alguno, entre otras razones porque no están capacitados para ejercerla, porque no recibieron previamente la preparación necesaria, y por eso mismo les pasa lo que a nuestro indio: que con los mayores derechos imaginables escritos en una Constitución muerta, es y seguirá siendo esclavo. Es más fácil levantar de su sepulcro a Lázaro a impulsos del divino "surge et ambula" que revivir de la muerte civil a un esclavo y echarlo a andar convertido en ciudadano.

Si una mañana de estas, por una transformación tan súbita como estraña, las vacas dejasen de ser animales útiles, si en lugar de darnos leche, queso, carne y pieles valiosas, se

(*) Traducción.—"La condición de los esclavos generalmente, no era pesada. Estaban bien cuidados, teniendo alimentación abundante y buena habitación. Durante el día, trabajaban en el campo y por la noche se divertían en la sección de los negros, cantando sus canciones alrededor de fogatas. Durante generaciones enteras, no habían conocido otra condición, y en su mayor parte estaban contentos de continuar viviendo como habían nacido.

Un afecto real existía entre amo y esclavo. Cuando muchachos, habían jugado juntos y más tarde, pescado y cazado; frecuentemente habían crecido uno al lado del otro. Muchas familias jamás eran vendidas, sino que vivían reunidas por espacio de generaciones, en la misma hacienda. Nunca antes se vio en la historia un sentimiento tan tierno entre una raza esclavizada y sus dominadores."

convirtieran en animales dañinos que destruyeran las cercas, dañasen las sementeras y acometieran a las gentes, los mismos labradores que hoy las alimentan y cuidan de ellas, se convertirían en sus peores enemigos y procurarían destruirlas por el hierro y por el fuego. Tal ha sucedido a los antiguos esclavos: el día en que los negros dejaron de ser las bestias útiles que sin remuneración alguna labraban los campos y recojían las cosechas, cuando "every able-bodied slave" dejó de valer "one thousand dollars or more," no quedó sino el desprecio del amo al esclavo y el odio de raza; los antiguos amos, que antes alimentaban y cuidaban al negro, se convirtieron en sus peores enemigos.

A cambio de aquella aparente libertad política, por cuya defensa sucumbiera el honrado Lincoln, ha perdido todas las ventajas de su estado anterior: en lo económico sigue siendo esclavo; titular obligado de todo trabajo inferior y sucio, pasando a veces hambre, el hambre de la libre competencia que antes no conocía, viviendo casi siempre, en este país de estaciones extremosas, en miserables habitaciones, no mejores que los jacales de nuestros indios; en lo social, rechazado de todas partes, estigmatizado hasta en los templos, donde los humildes debieran ser ensalzados, condenado a no mejorar su raza por el cruzamiento, despreciado, golpeado, lynchado y hasta quemado vivo, su triste, su dolorosa, su intolerable situación es peor que la de un paria brahamánico, peor que la de una bestia de tiro, peor que la de un perro!

* * *

Todas las instituciones del Sur de los Estados Unidos tienden a mantener ese estado de cosas sin esperanza alguna de redención para el desventurado negro.

Desde que penetra uno al antiguo territorio esclavista, por Florida, por ejemplo; se encuentran por todas partes manifestaciones de ese estado social.

Las salas de espera de las estaciones son siempre dobles, una para los blancos—white people—y otra para los negros—colored people;— en los trenes hay carros especiales para ellos; no se les admite en los pullman, y en los carros comedores sólo se les tolera cuando el pasaje blanco ha comido ya y en un departamento *ad hoc* separado por una cortina, cuyo único objeto práctico es ultrajar al negro con la injuriosa distinción.

En los tranvías hay también sitio especial para la población negra; el negro no puede penetrar ni a las cantinas, ni a las fondas ni a los teatros de la población blanca, a menos que en estos últimos haya un departamento especial para negros en la galería; no se les permite sentarse en los parques públicos y en algunos lugares ni siquiera su paso por ellos; en Jacksonville hay parques con grandes rótulos anunciando que allí no se permite la entrada a perros ni a negros.

Por último, hasta en la iglesia, donde la igualdad podría ser una realidad, hasta allí se rechaza y ultraja al negro, relegándolo a sitio especial que le recuerde perpetuamente su dolorosa condición de paria. Y presenciando semejante monstruosidad, he pensado, cómo se dolería Cristo, si volviera otra vez a este bajo mundo en divina peregrinación redentora. El, que fue el amigo de los doloridos, El, que acogió sonriente aun a los leprosos y que desde el establo de Belen con el símbolo de los Reyes Magos proclamó la igualdad de todas las razas ante Dios, ¿cómo se sentiría vencido, en su omnipotencia, al mirar que en su templo, los últimos no son los primeros, sino que siguen siendo los últimos, y que en este pueblo *tan cristiano, tan libre y tan igualitario*, una cuestión de raza basta para renegar del cristianismo, cuya suprema síntesis, el amor al prójimo, se desconoce aquí de la manera más sangrienta, minuto a minuto!

Esta actitud de salvaje intolerancia, que de parte de la sociedad es condenable pero que, en todo caso, nadie puede corregir a corto plazo, es compartida de la manera más criminal por el poder público por medio de instituciones basadas en la desigualdad de razas. Así, el Estado mantiene en todo el Sur, registros *ad hoc* para los negros, que son como la afrentosa ejecutoria para aquellos que por su aspecto exterior pudieran renegar de su origen: el Estado prohíbe el matrimonio de blancos y negros, y en algunas partes lleva su odio al extremo de perseguir como un delito la unión libre de éstos, que pudiera producir al mestizo.

En las escuelas, naturalmente, también se impone la odiosa distinción: el niño negro no puede estudiar al lado del niño blanco: de esta manera se envenena el corazón infantil, para trazar desde los primeros años el abismo infranqueable que la sociedad y el Estado mantienen aquí entre ambas razas.

De hecho también está cerrada la puerta de los puestos

públicos para los negros que no llegan a ocupar sino los más humildes, como el empleo de carteros de las oficinas de correos.

El negro vive, así, dentro de una atmósfera de odio y de desprecio que, modificando el ambiente social en sentido desfavorable para su desarrollo, debería haber disminuído su número de la guerra separatista acá; pero como las razas muy perseguidas cuando no perecen se aquilatan, como se ha visto con los judíos, el negro ha encontrado tal vez su fuerza en la misma persecución que padece, y aumentando su poder prolífico, de suyo muy efectivo, ha ido creciendo en proporción alarmante, al extremo de que en sólo cincuenta años se ha triplicado, pasando ya de diez millones los que en Estados Unidos arrastran la dolorosa existencia que les impone el odio y el desprecio de los blancos.

Adrede calificué de alarmante el aumento de los negros, porque, en efecto, alarmados andan ya muchos americanos, al grado de haberse propuesto los más descabellados procedimientos, como la expulsión de todos los negros de este país, que es también el de ellos, o los más criminales y condenables métodos para extinguir la raza, entre los cuales figura la castración femenina, la extracción de los ovarios a las negritas recién nacidas, para hacerlas infecundas.

Ese desprecio y ese odio, que no desperdicia ocasión ni manera de manifestarse, culmina en el lynchamiento, en esa afrenta a la especie humana que aquí se consume casi diariamente en los desventurados negros, entre la indiferencia o la alegría del público que ha llegado a estimar la vida de un negro en mucho menos que la de los demás seres de la escala zoológica, de aves para arriba, y con la complicidad de las autoridades que, conociendo el peligro que corre un negro desde que va a la cárcel, no sólo no se le rodea de especiales precauciones sino que, según toda apariéncia, deliberadamente lo deja a merced de los lynchadores.

La filantropía, la caridad, los sentimientos benévolos, en fin, que llenan nuestro corazón de simpatía para el dolor ajeno, haciéndolo extensivo hasta las bestias, no la caridad del tipo rutinerio y atrasado, pero sublime, que nosotros los latinos cultivamos y para la cual "a la hora de la comida vale más un patacón en la mano que dos filosofías volando," sino la otra, la que se organiza y se consolida en institución "con reglamento, informes, comités, sesiones, un presidente y una

campanilla, y de sentimiento natural pasa a función oficial," esta forma de benevolencia tan grata al pueblo americano, tiene aquí múltiples manifestaciones del género ruidoso y extravagante que sin embargo, si no fuese fruto del interés y de la vanidad, sería plausible, y que se extiende hasta los animales. En Estados Unidos hay quien al morir deja un legado para que en determinado sitio se edifique una fuente para dar de beber a las bestias de tiro; aquí se prohíbe la importación de plumas para impedir la destrucción de ciertas especies de aves y se fundan sociedades para perseguir idéntico objeto dentro del país, cosas todas que provocarían elogios si no causaran risa; en muchas ciudades americanas no se permite a los cocheros llevar látigos y en casi todas ellas se recoge a los perros abandonados en la calle, por cuenta de las sociedades protectoras de animales, al propio tiempo que se asesina al negro sin misericordia alguna, con lujo de crueldad concebible sólo en pueblos salvajes. ¿Cómo conciliar aquellas manifestaciones piadosas, que rayan en lo extravagante por lo exageradas, tratándose de ciertas especies de animales, junto a esa dureza de alma para semejantes nuestros?

Garofalo, el eminente sociólogo y criminalista italiano asigna como elemento principal de los sentimientos piadosos, la simpatía, y como base de ésta, la semejanza; de tal suerte que el dolor animal nos conmueve tanto más cuanto más elevada en la escala zoológica es la especie del animal que lo sufre. Siendo esto así, aun considerando al negro ya no como ser humano, sino como el "eslabón perdido" entre el hombre y el mono ¿cómo explicarse que un pueblo que se manifiesta lleno de simpatía para una caballería maltratada por un carrero cruel, sienta espasmos de alegría bailando salvajes danzas de apache alrededor de la lumbre, donde arde vivo un desventurado negro?

Matar a un negro ha dejado de ser un acto reprobado por la conciencia social del Sur de los Estados Unidos y de hecho ya no es un delito ante la ley, por la complicidad de las instituciones sociales y políticas. Y tan cierto es esto, que veinticuatro horas después del espantoso lynchamiento de Frank en Atlanta, lynchamiento que provocó la indignación pública porque se trataba de un blanco, haciendo exclamar al Secretario Daniels que era un borrón en el nombre del Estado de Georgia, al siguiente día, repito, en el mismo Es-

tado se lynchaba a un desventurado negro de sesenta y tres años, llamado John Riggins, y nadie se ocupó del asunto, como si en vez de un ser humano hubiera sido muerta una res.

La sanción pública para tan atroces crímenes, no sólo ofrece esas manifestaciones de naturaleza negativa, sino otras muy positivas, como va Ud. a ver.

Si la prensa, en lugar de aceptar sin escrúpulo una práctica que, si la conservase otro país ya hubiera sido borrado de la lista de los pueblos cristianos y civilizados, si la prensa, digo, reprobese con toda energía y con sus formidables elementos, tamaños ultrajes al sentido moral más primitivo, o el lynchamiento habría desaparecido ya de las costumbres americanas, o al menos iría en disminución; pero por el contrario va en constante aumento, acaso porque la prensa aquí da cuenta de esos atroces crímenes colectivos, como de un hecho sin importancia, cuando no describe tales carnicerías como un diario de México daría cuenta de una corrida de toros.

Vea Ud. para muestra lo que escribía el diario más rico, más antiguo, más leído y más acreditado tal vez en todo el Sur de los Estados Unidos, "The Times-Picayune" el 1° de Enero del corriente año:

"Louisiana established a record for its number of lynchings during the past twelve months which probably has only been equalled once or twice in its history. With eleven negroes hanged and shot during the year the state has practically doubled the record of Mississippi.

Louisiana can also boast of inaugurating a new system of administering justice via the lynch law, as in the case of a Slidell negro. . . .

A rope was tied about the man's neck the other end attached to the rear axle of an automobile. . . . Death resulted almost instantly. (*)

Ya ve Ud. que el progreso de aquí es tan evidente hasta en un orden tan elevado y superior como el de los lyncha-

(*) Traducción.—"Louisiana ha establecido un record por el número de sus lynchamientos, durante esos doce meses (1914) que probablemente sólo una o dos veces en su historia ha sido igualado. Con once negros ahorcados y cosidos a balazos durante el año, el Estado, prácticamente ha doblado el record de Mississippi. . . . Louisiana puede también ufanarse de haber inaugurado un nuevo sistema de administrar justicia via ley lynch, como en el caso de un negro de Slidell. . . . Se le ató un cordel al cuello y la otra extremidad se ató al eje posterior de un automóvil. La muerte resultó casi instantáneamente.

mientos, puesto que no sólo *baten records* en cuanto al número de víctimas, sino que, Estados como Louisiana "pueden ufanarse"—Louisiana can also boast—de haber inventado un nuevo modo de *administrar*—*administering*—el lynchamiento, que pone esa práctica a la altura de la moderna civilización, puesto que forma parte de él, el modernísimo automóvil. Yo espero que no ha de faltar otro "invento" americano que "perfeccione" el sistema, aplicando el "aeroplano," mucho más moderno que el automóvil.

Según el mismo diario, durante 1914 en sólo dos Estados de la Unión, Louisiana y Mississippi, fueron "despachados" dieciocho negros, entre ellos una mujer que en unión de su marido, fue lynchada por los vecinos de Byhallia, Mississippi, por suponerseles autores del incendio de una troje perteneciente a J. B. Williams.

Todavía ese mismo diario en el propio artículo, nos refiere que la parroquia—municipalidad o acaso congregación, la llamaríamos en México—la parroquia de Caddo, en Louisiana, fue la que descolló, pues ella sola lynchó a seis negros en el año. Y teniendo en cuenta la naturaleza colectiva de esos asesinatos, resulta que se encuentran aquí poblaciones donde no existe hoy un vecino que no haya tomado parte en alguno de ellos, de manera que un hombre honrado no podría en esos lugares estrechar la mano de otro hombre, sin abrigar el escrúpulo de que aquella mano esté manchada con uno de esos horribles crímenes, con la sangre de alguna de esas lamentables víctimas, a menudo enteramente inocentes.

Tengo en mi libro de recortes catalogadas muchas docenas de esos ultrajes a la civilización más rudimentaria; pero no voy a referírselos todos: voy solamente a consignar un pequeño número de atentados contra los negros que por su atrocidad o por alguna circunstancia merezcan mención especial:

Comenzaré por el caso de Ed. Johnson, lynchado en Enero de este año en los suburbios de la ciudad de Vicksburg, Mississippi, por imputársele el robo de una vaca. La bestia, que jamás había sido robada, sino que se había salido de su corral y marchado a vagar por los campos, regresó pocas horas después de que el desventurado negro había sido muerto; y para llenar de mayor infamia a los salvajes asesinos de aquel inocente que pagaba con su vida el crimen de no

haber nacido blanco, el propietario de la vaca dijo que él jamás acusó a Johnson del robo.

En Meridian, del propio Estado, en Julio de este año, fue lynchado un negro por imputársele el robo de unas semillas de algodón. (Times-Picayune, Julio 4 1915.) En Cochran, Georgia, dos negros fueron lynchados a mediados de Julio de este año según The New Orleans Daily States del 19 de ese mes, por vagas sospechas de complicidad en unos homicidios.

En Grant Parish, La., un grupo de vecinos persiguió a balazos a tres negros, matando a dos. Estos negros eran responsables del delito de trabajar a bajo tipo de salario al servicio de una compañía de ferrocarril de aquel lugar.

En el mismo mes de Julio, en la plaza pública de Temple, Texas, ante un concurso de varios miles de personas, incluyendo mujeres y niños, fue quemado vivo un negro, llamado Will Stanley.—Picayune, Julio 30 de 1915.

El 11 de Diciembre del año pasado, un anciano negro, de cabellos blancos por la edad, Watkins Lewis, fue sacado de la cárcel de Shreveport, La. y lynchado por una multitud en la que figuraba una señora. Los detalles del crimen son dignos de mención. Lewis había sido encarcelado por sospechas de tener participación en el asesinato y robo de Cyrus Hotchking, por lo cual días antes ya habían sido lynchados dos negros, Charles Washington y Beard Henderson.

El anciano negro fue sacado durante la noche, por una ventana de la cárcel parroquial. Al salir, sus verdugos le infirieron en un costado una puñalada tan brutal, que la bancheta quedó empapada en sangre como si sobre ella se hubiera degollado una res. Conducido fuera de la prisión, sangrando horriblemente, fue colgado de un árbol, sobre un brasero que le tostaba los pies, hasta que expiró entre horribles sufrimientos. Así, entre protestas de inocencia, pereció a fuego lento el desventurado anciano. (Times-Picayune, Diciembre 12 de 1914.)

Y en fin, no por una multitud, sino por un tribunal y por una ley—maldita ley y maldito tribunal— en el patio de la cárcel de Jackson, Ga. el 24 de Septiembre último, fue ahorcado un niño negro de doce años, por el imposible crimen de haber atentado al pudor de una niña blanca.

El telegrama que publica el "Times-Picayune," al dar los detalles del asesinato legal de ese niño, refiere que te-

miendo que por su poco peso no se le desarticulase la espina en la horca, alguno de entre los empleados y espectadores que presenciaban la ejecución, sugirió que se le colgara un peso de los piés! Picayune, Septiembre 25 de 1915.

Así, como Ud. ve, mi piadosa tía, este "gran" pueblo, este pueblo que bajo todos conceptos pretende marchar a la cabeza de la civilización, no sólo asesina de la manera más salvaje a verdaderos hombres, sino a niños, ancianos y mujeres. Y en presencia de tan inauditos crímenes, que abochornarian a los más bestiales de todos los déspotas asesinos que afrentan a la especie humana, si yo fuese creyente como Ud., levantaría los ojos al cielo y en un arrebato de dolor y de rebeldía, pero también de intensa fe, dirigiéndome Al que todo lo puede, le diría con lágrimas en los ojos y desesperanza en el corazón:

¡Dios mío!, ¿por qué toleras y dejas sin castigos crímenes tan horrendos?, ¿por qué empleas así tu misericordia infinita y para cuándo guarda tu divina cólera el fuego que lloviste en remotas edades sobre las empedernidas y malditas ciudades de la Biblia?

Su horrorizado sobrino,



EL LADO BUENO

XIV—El Porvenir de Uncle Sám

Montgomery, Ala., Septiembre de 1915.

Mi querida tía:

De las extravagancias, deficiencias y vicios de que está lleno este pueblo, podría yo escribir volúmenes enteros; pero unos, los más, por inacabables y otros por demasiado conocidos, no deben tener cabida en estas cartas.

¿Quién no conoce, por ejemplo, la perfidia de la política americana para con los otros pueblos? ¿quién no ha percibido ese juego alternativo de humillaciones para con los fuertes y arrogancias con los débiles, de que está llena la política americana? ¿quién ignora que el mismo país que persigue a Castro y expulsa a Celaya, es el mismo que en el vértigo del pánico ante el ultimatum inglés de 1861 pone aceleradamente en libertad a John Slidel y James Mason, representantes de los Estados Confederados ante París y Londres, que a su salida de la Habana fueron apresados por el gobierno americano?

Pero yo ni debo ni quiero ocuparme de fenómenos que son mundialmente conocidos, sino solamente de aquellos que son ignorados o de otros que en fuerza de su ruindad, exhiben en toda su miseria moral a este coloso. ¿Para qué recordar el asunto de Texas y la sucia historia de 46-47;

¿para qué traer a colación la felonía del "Maine," los casos nauseabundos de Panamá y Nicaragua, las picardías de Santo Domingo y la infamia de Veracruz?

De todo ello tiene noticia el mundo entero. Pero no todos saben los secretos de recámara, no todos conocen la ropa sucia que Uncle Sam lava en casa con todo sigilo. Y algo de esto es lo que yo he querido presentar a los mexicanos, tan contagiados de la rabia de auto-denigración que ha hecho estragos en la madre España.

Por lo demás, yo quisiera hacer entender a quienes me lean, que jamás me pasó por la mente el desatino de hacer parangones absurdos entre nuestro pueblo y éste: dudo mucho que mexicano alguno tenga de nuestro pueblo un concepto más desastroso que yo.

Creo, sin embargo, que hasta las serpientes de cascabel, con ser tan venenosas, tienen derecho a la existencia, y un vástago de ellas, obrando dentro de "la conciencia de la especie" que según el sociólogo americano Giddings es el fenómeno fundamental de los agregados sociales, obrará patrióticamente defendiendo el derecho de las serpientes a la vida.

Tal me ocurre con México: lleno de máculas, de horribles defectos, de formidables gérmenes de disolución, es, no obstante, mi patria, es la abstracción sublime que me hace llorar lágrimas de ira cuando a diario la veo ultrajada en este país, como me hace estremecer de ternura y de esperanza cuando flamea en el aire en su emblema supremo, la bandera tricolor. También los mexicanos tenemos derecho a la vida; y cuando comprendo que nuestro mayor peligro radica en este pueblo, creo cumplir con mi deber, diciendo a mi doliente y angustiado país: "no es oro ciertamente todo lo que aquí reluce." Y lo creo así, porque sé que en la lucha, la mitad de la victoria radica en la fe, en la confianza que se inspira uno a sí mismo. La caída de Goliat habría sido imposible si David hubiera comenzado exagerando la estatura del gigante.

* * *

El médico que en Conchinchina o en la India o en cualquier otro paraje del remoto Oriente se consagra al estudio de la peste bubónica, el cólera o cualquiera de las plagas que

continuamente produce aquella región del globo, patria original de todos los gérmenes, no falta a su deber si omite considerar las ventajas de otra clase que el país ofrezca para la vida humana.

De esta manera yo, que no me propuse sino presentar ciertos vicios y deficiencias de este país, no estaría obligado a considerar los factores benéficos que aquí, como en todas partes, no podían faltár; pero voy a intentarlo para acallar escrúpulos de conciencia, siempre dentro del criterio contenido en los hermosos conceptos del insigne pensador y artista lusitano, que sirven de "portada" a estas páginas.

Ante todo, debo hablar de la tolerancia americana: es ella tan portentosa, que ha de bastar en el futuro para hacer aquí un gran pueblo de veras, si antes del plazo no naufraga la nave, en uno de los escollos que comienzan a percibirse en el horizonte.

Se cuenta que Pompeyo, al tomar la dirección del partido Aristocrático en Roma, adoptó la fórmula de la intolerancia religiosa: "el que no está conmigo está contra mí," fórmula de un radicalismo absoluto y definitivo, como conviene a una religión. Las religiones, para serlo, han de ufanarse de poseer la verdad toda, entera, última y sin rectificación posible: una tal posesión no admite componendas ni compromisos y es legítimo, por lo tanto, que quien no esté con ella esté contra ella.

Por dentro del dominio estrecho y eminentemente relativo de la frágil y precaria verdad humana, siempre será más aceptable la fórmula de César: "el que no está contra mí, está conmigo."

Pompeyo, con su fórmula cerrada, fue a la derrota, y César, con la suya anchamente abierta, fue a la victoria.

En México, tierra clásica de la intolerancia, todo el que está con nosotros es un "elegido" y todo el que no lo está es un "réprobo." "Traidor," es uno de los adjetivos más suaves para todo aquel que no piensa como uno. Cincuenta años no han bastado para que los liberales hayamos perdonado a los conservadores el crimen de haber perdido por no haber contado con el apoyo americano en 1861-67; y el abismo de odios abierto ahora entre los mexicanos, amenaza ir ahondándose hasta que alcancemos el fatídico triunfo de acabar con la nacionalidad: que perezca la Patria, pero que

no venzan nuestros enemigos, es la expresión genuina del sentimiento en México.

¡Qué diferente es el sentimiento público americano!

En 1861, los Estados Confederados del Sur se declararon independientes y arrastraron al país a una guerra dilatada, ruinosa y sangrienta, exponiéndolo a un peligro mortal.

De haber ocurrido en México, los vencidos habrían sido acuchillados, confiscados sus bienes, esparcidas sus cenizas, maldita su memoria y afrentado su nombre, que sus descendientes llevarían como padrón de ignominia. En Estados Unidos no ocurrió nada parecido: el Sur vencido, glorifica a sus héroes en bronce y en libros; pero llena de elogios a los vencedores; el Norte vencedor, glorifica a los suyos y enaltece a los vencidos. Cuando el Ejército Confederado se rindió, los soldados triunfantes comenzaron a disparar salvas de regocijo; Grant, el vencedor, mandó suspenderlas diciendo: "los confederados son ahora nuestros prisioneros y nosotros no deseamos regocijarnos de su derrota." Y el vencido, limpio de malsanos despechos, ante una madre exaltada que predicaba a sus hijos la religión del odio para los vencedores, por boca del propio General Lee aconsejaba: "Do not train up your children to be foes of the United States Government. We are one country now. Bring them up Americans!"

Oyendo esto, ¡qué lejos estamos de nuestro México, tan amado no obstante, donde no se puede ser sino "réprobo" o "elegido," "sublime libertador" o "traidor abominable!"

La tolerancia viene a ser de este modo una virtud tan grande en este pueblo, que ella sola basta para que le sean disimulados todos sus enormes defectos. "Pega pero escucha:" la fórmula del ilustre ateniense, debiera ser la divisa de este pueblo, porque aquí todas las opiniones tienen cabida.

Es mentira que aquí haya libertad, es mentira que aquí haya justicia; pero la tolerancia es tanta y sus resultados son tan portentosos, que ella sola basta para que casi no se sienta la ausencia de aquellas dos esenciales condiciones de la vida social y casi no hacen falta para que se pueda vivir aquí mejor que en otras partes.

* * *

Otra manifestación colosal de un factor favorable im-

portantísimo, es la admirable organización de la producción americana, que en este momento de espantosa crisis mundial, ha podido hacer frente a la exagerada demanda de una gran parte del planeta, sin que las condiciones de la vida interior del país hayan sufrido ninguna alteración sensible.

El factor americano es en este momento, de una importancia suprema en el mundo, y si su gobierno actual no fuera tan torpe, desde ahora podríamos anticipar como definitivamente consolidada la supremacía de los Estados Unidos en el concierto universal.

Mientras los mexicanos nos acuchillamos sin piedad y los europeos se destrozan por millones, los americanos trabajan, y de esta manera un río de oro corre del viejo mundo para esta tierra afortunada.

Una población totalmente efectiva, donde las clases parasitarias o inactivas están reducidas a su minimum, ha contribuido a determinar ese fenómeno, que en estos momentos históricos puede decidir la suerte del mundo entero.

Mientras en México los consumidores no pasan de cinco millones y de ellos ni siquiera un millón es de productores de veras, aquí son consumidores los cien millones de habitantes con que cuenta el país y no dudo que los productores en alta fuerza numeren unos veinte millones.

* * *

En el dominio de la sociología, al revés que en el de las matemáticas, el todo no es igual a la suma de sus partes. El pueblo americano tiene algunas virtudes que no tienen los americanos individualmente y un gran número de vicios de que cada uno de sus hijos está libre.

En la primera de estas dos categorías, debo clasificar la decidida, eficaz y plausible protección que la sociedad prodiga aquí a los niños.

Yo no dudo que en ella entre por mucho cierto utilitarismo de baja procedencia, que instintivamente les hace cuidar de las crías en donde radica todo el porvenir; pero sea cual fuese la causa del fenómeno, es un espectáculo que siempre se verá con placer, el montón de cochecitos con rubios bebés, a las puertas de las tiendas y de los teatros, bajo el cuidado vigilante de un empleado, del próximo "policeman" y del público entero.

En la esquina donde yo residía en New York, en un cruce de dos calles de enorme tráfico, por donde pasaban al minuto centenares de tranvías, ómnibus, autos y carretas, había a menudo un grupo de pequeños papeleros jugando desordenadamente. En México a los cinco minutos habríamos tenido un atropellado, en tanto que allí no lo vi jamás, a causa del solícito respeto que los conductores de vehículos sienten por la niñez y que abunda allí tanto como falta en México.

Por lo demás, los niños vagando en las calles, casi no se ven en Estados Unidos, a causa de la admirable organización de las escuelas públicas, no tanto por la calidad de la enseñanza,—que es una burda mentira muy generalizada en México—sino por su eficacia para hacer que el niño reciba la enseñanza puramente elemental, pues saliéndose de ella—permítame Ud. anotar al paso,—es lastimosa la ignorancia del noventa y ocho por ciento de los americanos. Aquí abundan, ya no entre obreros y comerciantes, sino entre las clases directoras y más cultas del país, las gentes para quienes las nociones generales de geografía e historia, de literatura y arte y con más razón de las ciencias, familiares a cualquier estudiante nuestro, son absolutamente ignoradas.

* * *

Los jornales que aquí se pagan habitualmente, mucho más elevados que los de otros países, se resuelven en un coeficiente de bienestar general más alto que el de cualquier otro país, si bien se encuentra amenazado por la organización de casi todos los negocios en forma de trust, tendencia que aunque combatida por ciertos políticos con el propósito de ganar votos entre las clases que más sufren sus efectos, es por lo demás invencible dentro de la actual organización económica del mundo entero.

Y ese coeficiente de bienestar da a la masa de la población un aspecto más agradable que el que puede observarse en otros pueblos, donde los reducidos ingresos no permiten ciertos lujos y exterioridades que aquí son frecuentes.

* * *

Las desgracias y los dolores humanos encuentran aquí un gran eco, a condición de que por su número o su profundidad, permitan entrar en acción la vanidad. Y no obstante que esto malea mucho el acto, siempre será digna de encomio

la ayuda que este pueblo presta en las grandes catástrofes.

Gracias a su temperamento novelero y apasionado por las exageraciones, no haya cuidado de que un caso como el de los belgas o el de los cristianos de Armenia pase desapercibido aquí. Y aunque esto, repito, quite mucho de su mérito a la buena obra, siempre esto será mejor que la indiferencia o la impotencia de que otros pueblos dan muestra en casos tales.

* * *

De esta manera, el pueblo americano lleva en sí las mejores condiciones apetecibles para ser en un futuro no lejano, el árbitro del mundo, si el peligro alemán que asoma en el horizonte, no se condensa en negrísima nube que se resuelva en recia tempestad.

Así, el desenlace de la guerra europea ha de tener una influencia decisiva en el porvenir de este país.

Si los aliados triunfan, por encima de ellos habrá triunfado Uncle Sam que, de esta manera, podrá dejar caer desde la altura su cínica sonrisa de protector universal....

Pero si Alemania llegase a dejar caer la espada de Breno sobre las balanzas del mundo, entonces el insomnio de este país habrá comenzado.

* * *

La enorme mayoría de los emigrantes que llenan este país, vienen no sólo atraídos por las facilidades de trabajo y los altos salarios, sino también huyendo del servicio militar obligatorio en su país—salvo los Irlandeses que vienen empujados por la vieja herencia de odio al inglés—que subtrae al trabajo y a la riqueza nacional a los hombres más robustos en la mejor época de su vida.

Desvirilizado por el lucro excesivo, por el lujo y el bienestar, por las costumbres, por las tradiciones, las leyes y la herencia, este es un país inerte e imposible de armarse ante un gran poder militar que amenace su seguridad.

Y no debe olvidarse que, triunfante Alemania, al desaparecer la rivalidad comercial inglesa, que ha sido un factor decisivo para la guerra, esa rivalidad no habrá sino cambiado de sitio: ayer en Inglaterra y mañana en Estados Unidos.

Como no es verdad que el país triunfante después de una guerra quede debilitado, sino que, por el contrario, queda con un exceso de fuerza que no sabe en qué emplear, es

matemático que después del triunfo, Alemania tendría una suma de fuerza jamás vista en la humana historia.

Los Estados Unidos no podrían armarse eficazmente ni por el sistema de voluntarios, que ya sabemos es ineficaz para un gran conflicto armado, ni por el de conscripción o servicio obligatorio, que no es fácil obtuviera la sanción del congreso y que, de obtenerla, cambiando súbitamente la estructura de esta sociedad, de un golpe detendría su progreso, que es hijo en gran parte de su organización actual, absolutamente libre de militarismo.

Además, quedaría el factor económico para oponerse a la transformación de este pueblo, en el sentido de militarizarlo.

Ante el formidable poderío de Alemania, dentro del supuesto de su victoria o sencillamente de su no aniquilamiento, si los Estados Unidos se sintieran amenazados necesitarían oponer una organización militar análoga, esto es, un ejército de millones de unidades.

Esto es posible en Europa, donde el soldado apenas gana para vivir, y aun así, aquellos pueblos están abrumados por el peso de los impuestos para atender al capítulo de guerra; pero en Estados Unidos, donde los elevados jornales de la población civil han impuesto los altísimos salarios del elemento militar, un contingente de dos millones de soldados, por ejemplo, reclamaría un gasto de tal suma de millones de dollars, que ni la gran riqueza de este país podría soportar; hay, pues, que desechar aun la posibilidad de semejantes empresas guerreras.

Como el oficio de profeta está lleno de fallas, y la vida es fecunda de suyo y cura por sí sola las heridas que infiere, como la lanza del héroe griego, no es imposible que tales previsiones fracasen y que haya en el mundo sitio bastante para una Alemania triunfante y un Uncle Sam taimado; pero aun en ese supuesto, quedan dos graves accidentes en la vía que este país habrá de recorrer. Uno de ellos el de la cuestión de Oriente; el otro es la doctrina Monroe.

La diplomacia japonesa, con habilidad notoria, aprovechó el formidable conflicto europeo y, en buen español, sencillamente se ha tomado a China por entero, es decir, al Oriente, ante el asombro de Inglaterra misma y la innegable impotencia de los Estados Unidos.

Sea cual fuere el resultado de la guerra, China ya no saldrá de la tutela japonesa y Estados Unidos pueden melan-

cólicamente decir "adiós" al lejano oriente y a sus sueños de hegemonía del Pacífico, mascullando la dolorida frase de Sir John Lubock: "esto pudo haber sido." Pudo haber sido, pero ya no será ciertamente; detrás de China irán las Filipinas—*ca ira*—y estos buenos señores deberán consolarse con la filosofía de lo irreparable.

En cuanto a la doctrina Monroe, nadie que no sea un ciego voluntario puede creer en su persistencia ante el supuesto triunfo alemán. Para reparar el desastre económico, las fábricas alemanas, que están intactas y que desde cualquier punto de vista están muy por encima de la naciente, tosca y deficiente industria americana, necesitan grandes mercados donde vender su producción. Cerrado el Oriente por los acoirazados japoneses, ¿adónde ir a buscar clientela sino en América?

Y ante interés tan enorme, ya me parece escuchar el ruido de una nuez—la pobre doctrina—aplastada brutalmente por una aplanadora.

Tal vez sea esta la tardía y precaria revancha que el porvenir nos reserva para las infamias de la política americana ante la incurable debilidad latino-americana.

Acaso fuera tiempo de prevenirlo, rectificando la política de este país con el resto del Continente, especialmente en México.

México sin rencores contra Estados Unidos, México próspero ayudado con sinceridad, sin tener nada que temer de la taimada política americana, podría ser un valioso amigo de quien no habría nada que recelar; pero México rencoroso, ofendido y ultrajado, ¡qué excelente sitio para un desembarque alemán o japonés, y que espléndido aliado para organizar con sus indios estoicos, con dinero abundante y oficialidad japonesa o germánica, un magnífico ejército de quinientos mil hombres que en varias semanas arrasarian el Sur de los Estados Unidos!

* * *

Probablemente estos no sean sino sueños, desvaríos de un espíritu contemplativo.

Bajemos de allí, a pisar el terreno de la realidad, mucho más duro y frío para los que ni siquiera tenemos patria; pero para concluir permitame Ud., en un ritornello grato al

alma, repetir las palabras del egregio portugués, puestas como portada de estas páginas:

"Una nación sólo vive porque piensa. La fuerza y la riqueza no bastan para probar que una nación vive una vida que merezca ser glorificada en la Historia, como los recios músculos del cuerpo y el oro que llena una bolsa no bastan para que un hombre honre en sí a la Humanidad."

Su sobrino afectísimo,

QUERIDO MOHENO



